



Centro de Estudios de Arqueología Histórica
Universidad Nacional de Rosario



Teoría y Práctica de la Arqueología Histórica
Latinoamericana | Especial: Documentos de Trabajo |
Año V Número 6 | 2024

Revista del Centro de Estudios de Arqueología Histórica,
Facultad de Humanidades y Artes,
Universidad Nacional de Rosario
<https://teoriaypracticaah.unr.edu.ar/index.php/index>
<https://rephip.unr.edu.ar/handle/2133/14804>

ISSN en línea: 2591-2801

ISSN versión impresa: 2250-866X

Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional
(CC BY-NC-SA 4.0)

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es>

Ana Igareta. Introducción: Hamacándonos en la rama de la
arqueología urbana

INTRODUCCIÓN: HAMACÁNDONOS EN LA RAMA DE LA ARQUEOLOGÍA URBANA

INTRODUCTION: SWINGING IN THE BRANCH OF URBAN ARCHEOLOGY

Ana Igareta *

Casi sin excepciones, las disciplinas científicas se desarrollan en la actualidad como una sumatoria de especialidades que, a modo de ramas de un árbol, crecen en simultáneo separándose y entrelazándose para cubrir un determinado espacio de investigación. Aunque cada rama tiene su propio ritmo, orientación y desvíos, ninguna se sostiene sola; es la red orgánica que se extiende entre ellas y el tronco principal la que les permite hacerse fuertes y seguir avanzando, construyendo un campo científico que a su vez se conecta con otros. La noción de una ciencia solitaria, encerrada en sus propios conceptos y con profesionales enfocados solo en sus avances fue reemplazada por la de distintos equipos conectados entre sí, colaborando o compitiendo, pero siempre enterados de las propuestas de otros y buscando integrar ideas, teorías y datos de orígenes variados.

* CONICET – HiTePAC, Facultad de Arquitectura y Urbanismo, División Arqueología, Museo de La Plata, Facultad de Ciencias Naturales y Museo Universidad Nacional de La Plata. aigareta@gmail.com. <https://orcid.org/0000-0003-2510-794X>

En sintonía con esta perspectiva, la arqueología del siglo XXI cuenta con un tronco sólido a partir del cual crecieron distintas especialidades que se nutren de colaboraciones interdisciplinarias. Así fue que a fines de la década de 1970 investigadores de todo el mundo empezaron a explorar posibilidades novedosas de articular el estudio y la conservación de los restos arqueológicos que se extendían por encima y por debajo de las ciudades que habitaban. En el jacarandá arqueológico de nuestro país, la arqueología urbana nació en la década de 1980, en la intersección de la arqueología histórica, la conservación arquitectónica y la gestión del patrimonio cultural. Desde entonces ha crecido de modo sostenido, construyendo su propio marco de referencia y definiendo sus particulares problemáticas. Quienes hacemos arqueología en ciudades habitadas (tal la definición más breve de nuestro campo de trabajo) enfrentamos desafíos diferentes a los que enfrentan quienes trabajan en otros paisajes, ni más ni menos complicados, solo de características singulares y cuya resolución requiere de estrategias particulares.

Un registro material en permanente (y brutal) transformación, una superposición estratigráfica increíblemente densa y una abundancia de materiales por momentos inmanejable son algunas de las complejidades que aparecen al irse por la rama de la arqueología urbana. Pero tal vez el aspecto más abrumador de la especialidad sea la interacción con el público durante las tareas de campo. Si bien todos los arqueólogos interactuamos con comunidades vinculadas a los sitios en que trabajamos (y tomó años construir esa relación como algo positivo y necesario para ambas partes), no todos excavamos en lugares como, por ejemplo, una estación de subte de la ciudad de Buenos Aires. En un día tranquilo pasan por ahí 1.300.000 personas. La cantidad de individuos que transitan por una esquina cualquiera de ciudades como Rosario, Córdoba, Mar del Plata o Tucumán, y que lo hacen diariamente hasta kioscos, paradas de colectivos, oficinas, verdulerías y sedes de AFIP, implica que cualquier intervención que allí se realice será observada de principio a fin por miles de personas. Cientos de ellas en ciudades más chicas, pero aun así una cantidad significativa, sobre todo si se tiene en cuenta que es probable que cada una de ellas se pare, pregunte y opine sobre el trabajo, al menos en una oportunidad (y, en otras, en muchísimas).

En la arqueología urbana no hay reuniones programadas con los representantes de la comunidad ni instancias elegidas para la presentación del proyecto primero y de los resultados después; hay una comunidad en toda su extensión accediendo de modo directo, todo el día, todos los días, a las tareas de recuperación de materiales e información.

En ese contexto, gestionar las tareas de modo tal que la excavación pueda avanzar y que el público –ese conjunto heterogéneo de orígenes, formaciones, perspectivas e intereses– se sienta escuchado y satisfecho con las respuestas, requiere de un esfuerzo sostenido por parte de los arqueólogos. En primer lugar, porque implica presentar con claridad a cada una de esos cientos o miles de personas cuál es el rol del trabajo de campo en el proceso de investigación y cuáles son los límites de lo que podemos averiguar en esa instancia, que siempre es menos espectacular de lo que la gente espera. En segundo, porque obliga a revisar y evaluar el cúmulo de información que cada una de ellas comparte con nosotros, que tanto puede incluir datos concretos y relevantes para la investigación, como repeticiones de hechos imprecisos o probadamente erróneos. No es sencillo mantener el equilibrio entre escuchar respetuosamente todas las versiones del público de la historia de un sitio y presentar nuestra propia interpretación basada en un análisis sistemático de la evidencia; es caminar por una cornisa finita a mil metros de altura sobre un foso con cocodrilos. Un paso en falso puede hacer que todo se venga abajo y que los observadores se desencanten del trabajo arqueológico y dejen de interesarse por sus resultados.



De espaldas, la autora durante los trabajos realizados en el año 2012 en las veredas del Templo de San Ignacio, CABA. Una pareja de turistas que paseaba por la ciudad, una familia completa que llegaba a un bautismo en esa misma iglesia y un vecino del barrio que hacía las compras atienden al relato de las tareas que se desarrollaban.

Este aspecto en particular, el de la compleja gestión de la comunicación entre público y arqueólogos, ha llevado a algunos investigadores a eludir los conflictos evitando cuestionar los relatos del público. Amparados en la noción de que toda comunidad tiene derecho a proponer su propia versión del pasado y enfocados en no herir susceptibilidades, dejaron de construir interpretaciones arqueológicas que pudieran contradecir tales versiones. Y por cierto que el pasado es una construcción colectiva y que cada grupo de personas puede elegir como narrarlo, pero nuestra función como científicos es rastrear evidencia, analizarla sistemáticamente, interpretarla y dar a conocer los resultados, ya sea que estos coincidan o no con otras versiones de los hechos. Porque si hacemos bien las cosas, si construimos un diálogo respetuoso con el público, tal vez consigamos interesarlo en nuestra propuesta aunque difiera de la suya y de a poco esos otros relatos vayan incorporando información revisada y dejando de lado ciertas imprecisiones.

Y así, uno de los aspectos abrumadores de la arqueología urbana, el del contacto directo y sin mediadores entre investigadores y enormes cantidades de público, se convierte también en una oportunidad inmejorable. De exponernos constantemente como científicos sociales y dar explicaciones sobre qué hacemos, cómo lo hacemos y para qué, y de explorar estrategias efectivas para compartir lo que vamos aprendiendo. En fin, de seguir trepando por la rama de la especialidad, avanzando, aunque de vez en cuando patinemos, haciendo espacio para los que vienen atrás.

Recibido: 02-03-2024

Aceptado: 07-04-2024